

El cetro de Judá, que ya ha saltado,
Según fué de Jacob la profecía,
Da á entender que ha llegado
Del mundo la esperanza y la alegría,
La salud del Señor que él esperaba
Y en profético espíritu miraba.
Sólo me falta ya ver consumado
El mayor sacrificio. ¡Oh, si llegaras
Y de mi dulce amado
Mereciera mi amor mirar la cara!
Seguiréle por más que me fatigue,
Pues dice que ha de hallarle quien le sigue.

¡Oh divino amado, quién gozara
Acercarse á tu aliento generoso
De fragancia más rara
Que el vino y el unguento más precioso!
Tu nombre es como el óleo derramado,
Y por esto las ninfas te han amado.

Tras tus olores presto voy corriendo:
¡Oh con cuánta razón todas te adoran!
Mas no estés atendiendo
Si del sol los ardores me acaloran;
Mira que aunque soy negra soy hermosa,
Pues parezco á tu imagen milagrosa.

Mas allí una pastora hermosa veo:
¿Quién podrá ser beldad tan peregrina?
Mas, ó miente el deseo,
Ó ya he visto otra vez su luz divina:
Á ella quiero acercarme,
Por ver si puedo bien certificarme.

(Llegan la Naturaleza y la Gracia á la fuente, pónese la Naturaleza entre las ramas,
y con ella la Gracia, de manera que parezca que se mira; y sale por otra parte
Narciso con una honda como pastor, y canta el último verso y lo demás repre-
senta.)

NATURALEZA.

Ovejuela perdida,
De tu dueño olvidada
¿Adónde vas errada?
Mira que dividida
(Canta.) De mí, también te apartas de tu vida.

Por las cisternas viejas
Bebiendo turbias aguas,
Tu necia sed enjuagas
Y con sordas orejas,
(Canta.) De las aguas vivificas te alejas.
En mis finezas piensa:
Verás que siempre amante
Te guardo vigilante,
Te libro de la ofensa,
(Canta.) Y que pongo la vida en tu defensa.
De la escarcha y la nieve
Cubierto voy siguiendo
Tus necios pasos, viendo
Que ingrata no te mueve
(Canta.) Ver que dejo por ti noventa y nueve.
Mira que mi hermosura
De todas es amada,
De todas es buscada,
Sin reservar criatura,
(Canta.) Y sola á ti te elige tu ventura.
Por sendas horrorosas
Tus pasos voy siguiendo,
Y mis plantas hiriendo
De espinas dolorosas,
(Canta.) Que estas selvas producen escabrosas.
Yo tengo de buscarte,
Y aunque tema perdida,
Por buscarte, la vida,
No tengo de dejarte,
(Canta.) Que antes quiero perderla, por hallarte.
¿Así me correspondes,
Necia, de juicio errado?
¿No soy quien te ha criado?
¿Cómo no me respondes?
(Canta.) ¿Y cómo (si pudieras) te me escondes?
Pregunta á tus mayores
Los beneficios míos,
Los abundantes ríos,
Los pastos, y verdores

(Canta.) En que te apacentaron mis amores.
En un campo de abrojos,
En tierra no habitada
Te hallé sola, arriesgada
Del lobo á ser despojos,
(Canta.) Y te guardé cual niña de mis ojos.
Trájeteme á la verdura
Del más ameno prado,
Donde te ha apacentado
De la miel la dulzura,
(Canta.) Y aceite, que manó de peña dura.
Del trigo generoso
La medula escogida
Te sustentó la vida,
Hecho manjar sabroso
(Canta.) Y el licor de las uvas oloroso.
Engordaste, y lozana,
Soberbia y engreída
De verte tan lucida,
Altivamente vana
(Canta.) Mi belleza olvidaste soberana.
Buscaste otros pastores,
Á quien no conocieron
Tus padres, ni los vieron,
Ni honraron tus mayores;
(Canta.) Y con esto incitastes mis furores.
Y prorrumpí enojado:
Yo esconderé mi cara
(Á cuyas luces para
Su cara el sol dorado)
(Canta.) De este ingrato, perverso, infiel ganado.
Yo haré que mis furores
Los campos los abrasen,
Y las hierbas que pacen,
Y talen mis ardores
(Canta.) Aun los montes que son más superiores.
Mis saetas ligeras
Les tiraré, y el hambre
Corte el vital estambre,

Y de aves carniceras
(Canta.) Serán mordidos y de bestias fieras.
Probarán los furores
De arrastradas serpientes,
Y en muertes diferentes
Obrarán mis rigores
(Canta.) Fuera el cuchillo y dentro los temores.
Mira que soberano
Soy, que no le hay más fuerte,
Que yo doy vida, y muerte,
Que yo hiero; yo sano;
(Canta.) Y que nadie se escapa de mi mano.
Pero la sed ardiente
Me aflige y me fatiga;
Bien es que el curso siga
De aquella clara fuente,
(Canta.) Y que en ella templar mi amor intente.
Que pues por ti he pasado
El hambre de gozarte,
No es mucho que mostrarte
Procure mi cuidado;
(Canta.) Que de la sed por ti estoy abrasado.

(Todo esto ha de haber dicho llegando hacia la fuente, y en llegando la mira y dice.)

NARCISO.

Llego: mas ¡qué es lo que miro!
¡Qué soberana hermosura!
Afrenta con su luz pura
Todo el celestial zafiro:
Del sol el luciente giro,
Con todo el curso luciente,
Que da desde Ocaso á Oriente,
No esparce en signos y estrellas
Tanta luz, tantas centellas,
Como da sola esta fuente.
Cielo y tierra se ha cifrado
Á componer su arreból;
El cielo con su esplendor,

Y con sus flores el prado:
La esfera se ha trasladado
Toda á quererla adornar;
Pero no, que tan sin par
Belleza, todo el desvelo
De la tierra, ni del cielo,
No lo pudieran formar.

Recién abierta granada
Sus mejillas sonrosea,
Sus dos labios hermosea
Partida cinta dorada,
Por quien la voz delicada,
Haciendo al coral agravio,
Despide el aliento sabio,
Que así á sus claveles toca;
Leche y miel vierte la boca,
Panales destila el labio.

Las perlas, que en concha breve
Guarda, se han asimilado
Al rebaño, que apiñado
Desciende en copos de nieve:
El cuerpo, que gentil mueve,
El aire á la palma toma;
Los ojos, por quien asoma
El alma en su resplandor,
Muestra, con luces de sol,
Benignidad de paloma.

Terso el bulto delicado,
De lo que á la vista ofrece,
Parva de trigo parece,
Con azucenas vallado:
De marfil es torneado
El cuello, gentil columna;
No puede igualar ninguna
Hermosura á su arrebol,
Escogida como el sol,
Y hermosa como la luna.

Con un ojo solo bello
El corazón me ha abrasado,

El pecho me ha traspasado,
Con el rizo de un cabello:
Abre el cristalino sello
De ese centro claro y frío,
Para que entre el amor mío;
Mira que traigo escarchada
La crencha de oro, rizada
Con las perlas del rocío.

Ven esposa, á tu querido,
Rompe esta cortina clara,
Muéstrame tu hermosa cara,
Suene tu voz á mi oído;
Ven del Líbano escogido,
Acaba ya de venir,
Y coronaré el Ofir
De tu madeja preciosa
Con la corona olorosa
De Amaná, Hermón y Sanir.

SONETO.

EN QUE DA MORAL CENSURA Á UNA ROSA
Y EN ELLA Á SUS SEMEJANTES.

Rosa divina, que en gentil cultura,
Eres con tu fragante sutileza
Magisterio purpúreo en la belleza,
Enseñanza nevada á la hermosura;
Amago de la humana arquitectura,
Ejemplo de la vana gentileza,
En cuyo ser unió naturaleza
La cuna alegre y triste sepultura:
¡Cuán altiva en tu pompa, presumida,
Soberbia, el riesgo de morir desdeñas,
Y luego, desmayada y encogida,
De tu caduco ser das mustias señas
Con que con docta muerte y necia vida
Viviendo engañas, y muriendo enseñas!

SONETO.

EN QUE SATISFACE UN RECELO CON LA RETÓRICA DEL LLANTO.

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,
Como en tu rostro y tus acciones vía
Que con palabras no te persuadía,
Que el corazón me vieses deseaba:
Y Amor, que mis intentos ayudaba,
Venció lo que imposible parecía;
Pues entre el llanto que el dolor vertía,
El corazón deshecho destilaba.
Baste ya de rigores, mi bien: baste;
No te atormenten más celos tiranos,
Ni el vil recelo tu quietud contraste
Con sombras necias, con indicios vanos;
Pues ya en líquido humor viste y tocaste
Mi corazón deshecho entre tus manos.

SONETO.

Detente, sombra de mi bien esquivo,
Imagen del hechizo que más quiero,
Bella ilusión, por quien alegre muero,
Dulce ficción, por quien penoso vivo:
Si al imán de tus gracias atractivo
Sirve mi pecho de obediente acero,
¿Para qué me enamoras lisonjero,
Si has de burlarme luego fugitivo?
Mas blasonar no puedes satisfecho
De que triunfa de mí tu tiranía;
Que aunque dejas burlado el lazo estrecho
Que tu forma fantástica ceñía,
Poco importa burlar brazos y pecho,
Si te labra prisión mi fantasía.

LIRAS

QUE EXPRESAN SENTIMIENTOS DE AUSENTE.

Amado dueño mío:
Escucha un rato mis cansadas quejas,
Pues del viento las fio
Que breve las conduzca á tus orejas,
Si no se desvanece el triste acento
Como mis esperanzas en el viento.
Óyeme con los ojos,
Ya que están tan distantes los oídos,
Y de ausentes enojos
En ecos de mi pluma mis gemidos;
Y ya que á ti no llega mi voz ruda,
Óyeme sordo, pues me quejo muda.
Si del campo te agradas,
Goza de sus frescuras venturosas,
Sin que aquestas cansadas
Lágrimas te detengan enfadosas;
Que en él verás si atento te entretienes,
Ejemplo de mis males y mis bienes.
Si al arroyo parlero
Ves galán de las flores en el prado,
Que amante y lisonjero
Á cuantas mira intima su cuidado,
En su corriente mi dolor te avisa
Que á costa de mi llanto tienes risa.
Si ves que triste llora
Su esperanza marchita en ramo verde
Tórtola gemidora,
En él, y en ella mi dolor te acuerde,
Que imitan con verdor, y con lamento,
El mi esperanza, y ella mi tormento.
Si la flor delicada,
Si la peña, que altiva no consiente
Del tiempo ser hollada,
Ambas me imitan, aunque variamente,

Ya con fragilidad, ya con dureza,
Mi dicha aquella, y ésta mi firmeza.
Si ves el ciervo herido
Que baja por el monte acelerado,
Buscando, dolorido,
Alivio al mal en un arroyo helado,
Y sediento, al cristal se precipita,
No en el alivio, en el dolor me imita.
Si la liebre encogida
Huye medrosa de los galgos fieros,
Y por salvar la vida
No deja estampa de los pies ligeros,
Tal mi esperanza en dudas y recelos
Se ve acusada de villanos celos.
Si ves el cielo claro,
Tal es la sencillez del alma mía;
Y si, de luz avaro,
De tinieblas se emboza el claro día,
Es con su obscuridad y su inclemencia
Imagen de mi vida en esta ausencia.
Así que (Fabio amado)
Saber puedes mis males sin costarte
La noticia cuidado;
Pues puedes de los campos informarte,
Y pues yo á todo mi dolor ajusto,
Saber mi pena sin dejar tu gusto.
Mas ¿cuándo (¡ay gloria mía!)
Mereceré gozar tu luz serena?
¿Cuándo llegará el día
Que pongas dulce fin á tanta pena?
¿Cuándo veré tus ojos, dulce encanto,
Y de los míos quitarás el llanto?
¿Cuándo tu voz sonora
Herirá mis oídos, delicada,
Y el alma, que te adora,
De inundación de gozos anegada
Á recibirte con amante prisa
Saldrá á los ojos desatada en risa?
¿Cuándo tu luz hermosa

Revestirá de gloria mis sentidos?
Y ¿cuándo yo dichosa
Mis suspiros daré por bien perdidos,
Teniendo en poco el precio de mi llanto,
Que tanto ha de penar, quien goza tanto?
¿Cuándo de tu apacible
Rostro alegre veré el semblante afable
Y aquel bien indecible,
Á toda humana pluma inexplicable?
Que mal se ceñirá á lo definido
Lo que no cabe en todo lo sentido.
Ven, pues, mi prenda amada;
Que ya fallece mi cansada vida
De esta ausencia pesada;
Ven, pues, que mientras tarda tu venida,
Aunque me cueste su verdor enojos,
Regaré mi esperanza con mis ojos.

LIRAS

QUE DAN ENCARECIDA SATISFACCIÓN Á UNOS CELOS.

Pues estoy condenada,
Fabio, á la muerte por decreto tuyo,
Y la sentencia airada
Ni la apelo, resisto, ni la huyo:
Óyeme, que no hay reo tan culpado,
Á quien el confesar le sea negado.
Porque te han informado
Dices, de que mi pecho te ha ofendido,
Me has fiero condenado;
Y pueden en tu pecho endurecido
Más la noticia incierta, que no es ciencia,
Que de tantas verdades la experiencia.
Si á otros crédito has dado,
Fabio, ¿por qué á tus ojos se lo niegas?
Y el sentido trocado,
De la ley al cordel mi cuello entregas:

Pues liberal me amplías los rigores,
Y avaro me restringes los favores.
Si á otros ojos he visto,
Mátenme, Fabio, tus airados ojos:
Si á otro cariño asisto,
Asistanme implacables tus enojos:
Y si otro amor del tuyo me divierte,
Tú, que has sido mi vida, me des muerte.
Si á otro, alegre, he mirado,
Nunca alegre me mires, ni te vea:
Si le hablé con agrado,
Eterno desagrado en ti posea:
Y si otro amor inquieta mi sentido,
Sáquesme el alma tú, que mi alma has sido.
Mas supuesto que muero
Sin resistir á mi infelice suerte,
Que me des sólo quiero
Licencia de que escoja yo mi muerte:
Deja la muerte á mi elección medida;
Pues en la tuya pongo yo la vida.
No muero de rigores,
Fabio, cuando morir de amores puedo;
Pues con morir de amores,
Tú acreditado, y yo bien puesta quedo;
Que morir por amor, no de culpada,
No es menos muerte, pero es más honrada.
Perdón en fin te pido
De las muchas ofensas que te he hecho
En haberte querido;
Que ofensas son, pues son á tu despecho,
Y con razón te ofendes de mi trato;
Pues que yo con quererte te hago ingrato.

REDONDILLAS.

EN QUE DESCRIBE RACIONALMENTE LOS EFECTOS IRRACIONALES
DEL AMOR.

Este amoroso tormento,
Que en mi corazón se ve,

Sé, que lo siento, y no sé
La causa por que lo siento.
Siento una grave agonía
Por lograr un desvaneo,
Que empieza como deseo,
Y para en melancolía.
Y cuando con más terneza
Mi infeliz estado lloro,
Sé que estoy triste, é ignoro
La causa de mi tristeza.
Siento un anhelo tirano,
Por la ocasión á que aspiro,
Y cuando cerca la miro,
Yo misma aparto la mano.
Porque si acaso se ofrece,
Después de tanto desvelo,
La desazona el recelo,
Ó el susto la desvanece.
Y si alguna vez sin susto
Consigo tal posesión,
Que cualquier leve ocasión
Me malogra todo el gusto.
Siento mal del mismo bien
Con receloso temor,
Y me obliga el mismo amor
Tal vez á mostrar desdén.
Cualquier leve ocasión labra
En mi pecho de manera
Que el que imposible venciera
Se irrita de una palabra.
Con poca causa ofendida
Suelo, en mitad de mi amor,
Negar un leve favor
Á quien le diera la vida.
Ya sufrida, ya irritada
Con contrarias penas lucho,
Que por él sufriré mucho,
Y con él, sufriré nada.
No sé en qué lógica cabe,

El que tal cuestión se pruebe,
Que por él, lo grave es leve,
Y con él, lo leve es grave.

Sin bastantes fundamentos
Forman mis tristes cuidados,
De conceptos engañados,
Un monte de sentimientos.

Y en aquel fiero conjunto
Hallo, cuando se derriba,
Que aquella máquina altiva
Sólo estribaba en un punto.

Tal vez el dolor me engaña,
Y presumo sin razón,
Que no habrá satisfacción,
Que pueda templar mi saña.

Y cuando á averiguar llego
El agravio por que riño,
Es como espanto de niño,
Que para en burlas y juego.

Y aunque el desengaño toco,
Con la misma pena lucho,
De ver que padezco mucho,
Padeciendo por tan poco.

Á vengarse se abalanza
Tal vez el alma ofendida,
Y después arrepentida
Tomo de mí otra venganza.

Y si al desdén satisfago,
Es con tan ambiguo error,
Que yo pienso que es rigor,
Y se remata en halago.

Hasta el labio desatento
Suele equivoco tal vez,
Por usar de la altivez
Encontrar el rendimiento.

Cuando por soñada culpa
Con más enojo me incito,
Yo le acrimino el delito,
Y le busco la disculpa.

No huyo el mal ni busco el bien;
Porque en mi confuso error,
Ni me asegura el amor,
Ni me despecha el desdén.

En mi ciego devaneo,
Bien hallada con mi engaño,
Solicito el desengaño,
Y no encontrarlo deseo.

Si alguno mis quejas oye
Más á decirlas me obliga,
Porque me las contradiga,
Que no porque las apoye.

Porque si con la pasión
Algo contra mi amor digo,
Es mi mayor enemigo,
Quien me concede razón.

Y si acaso en mi provecho
Hallo la razón propicia,
Me embaraza la justicia,
Y ando cediendo el derecho.

Nunca hallo gusto cumplido;
Porque entre alivio y dolor,
Hallo culpa en el amor,
Y disculpa en el olvido.

Esto de mi pena dura
Es algo del dolor fiero,
Y mucho más no refiero,
Porque pasa de locura.

Si acaso me contradigo
En este confuso error,
Aquel que tuviere amor
Entenderá lo que digo.

REDONDILLAS.

Pedirte, señora, quiero
De mi silencio perdón,
Si lo que ha sido atención,
Le hace parecer grosero.